



LA VICEPRESIDENCIA DE LA REPUBLICA Y DON RAMON CORRAL.

LA creación de la Vicepresidencia de la República, en las postrimerías del Gobierno del general Díaz, fué una medida para garantizar la paz y la tranquilidad del país después de la muerte del caudillo oaxaqueño. En él tenía completa confianza el crédito exterior; y para conceder otros empréstitos al Gobierno mexicano, parece ser que se insinuó la conveniencia de que se estableciera la sucesión legal, para evitar inquietudes y trastornos. La sugestión fué bien recibida entre el elemento oficial, y en seguida se aprobó la reforma a la Constitución, creando la Vicepresidencia de la República. ¿Quién sería designado Vicepresi-

dente de la nación, para que pudiera suceder más tarde al general Díaz? No tardó en levantarse una ola de dudas y de interrogaciones. El Partido Científico fué requerido con apremio para que contestara la interrogación. Pero todo fué inútil. Aun los miembros más elevados de ese partido lo ignoraban por completo. El general Díaz permanecía encerrado en un desesperante mutismo, y la incertidumbre atormentaba a todos los políticos, que ansiaban saber quién sería el Vicepresidente de la República.

Aquel silencio atormentador no podía continuar por más tiempo; y ocho días antes de que inaugurara sus sesiones la Convención, el lunes 15 de junio de 1903, se presentaron en la casa particular del secretario de Hacienda, don Ramón Corral, don Justo Sierra y don Rosendo Pineda.

—Todos nuestros amigos y partidarios —expresó el señor Corral,—nos preguntan quién va a ser designado Vicepresidente de la República, y como nosotros les manifestamos que no lo sabemos, pueden creer que no tenemos confianza en ellos, y por ese motivo no les hacemos conocer el nombre del político que designará Vi-

cepresidente la próxima asamblea política, como también creemos nosotros que, por falta de confianza, nada se nos ha dicho sobre ese asunto.

El señor Limantour dijo que nada sabía. En el acto el señor Pineda, en un tono enérgico, expresó:

—Entonces esa falta de confianza se hace extensiva a usted.

—Lo cierto es—dijo el señor Limantour—que no se me había ocurrido hablar con el general Díaz acerca de esa delicada cuestión.

—Pues deseamos que lo interrogue cuanto antes, porque ya no podemos permanecer por más tiempo sin comunicarles a nuestros amigos y partidarios el nombre del candidato.

El señor Corral, don Justo Sierra y don Rosendo Pineda abandonaron la casa del Secretario de Hacienda, teniendo la íntima convicción de que ni el jefe del Partido Científico sabía nada sobre ese asunto. Pero el señor Limantour no tardó en sondear al viejo caudillo; y dos o tres días después, llegó don Roberto Núñez al Hotel del Jardín, donde estaba almorzando el señor Corral con don Luis A. Martínez y don Ricardo Careaga, a decirle al Mi-

nistro de Gobernación que el señor Limantour deseaba hablar con él urgentemente. Momentos después llegaron don Ramón Corral y don Roberto Núñez a la casa del señor Limantour, en Mixcoac, donde se celebró la histórica conferencia.

—Tengo el gusto de comunicarle la buena nueva de que el general Díaz se ha fijado en usted—dijo el Ministro de Hacienda,—para que sea nombrado Vicepresidente en la próxima Convención.

—¿En mí? ¡Eso no puede ser!—manifestó el señor Corral.—Si no es usted, que es el jefe del Partido, consideramos que es un bofetón a todo nuestro grupo. Por su prestigio, por la labor desarrollada en el Ministerio de Hacienda, es usted el indicado. Si a usted que tiene tantos merecimientos y el general Díaz le debe a usted muchas consideraciones, lo ha tratado de esa manera, ¿qué esperamos los demás?

El señor Limantour comenzó entonces a hablar de los ideales, de los deberes para la patria, con mucha vehemencia, con mucho ardor. Pero el Ministro de Gobernación manifestó que él vivía en la tierra, dentro de la realidad, que no quería ser un juguete miserable de las circunstan-

cias, que cuidaba de su persona, que velaba por su familia.

El señor Limantour insistió nuevamente, con más vigor, personalizando un poco la cuestión.

—Si no acepta usted la Vicepresidencia de la República, el general Díaz tendrá que designar a un enemigo nuestro: al general Reyes, a don Teodoro Dehesa, y entonces toda mi obra vendrá por tierra.

—¡Ah!, me coloca usted en una situación bastante difícil, pero vuelvo a repetirle que debe ser usted el indicado para desempeñar ese alto cargo. Por su prestigio, por ser el jefe del partido, debería usted aceptar.

El Ministro de Hacienda expuso varios argumentos por los cuales no podía aceptar por ningún concepto el cargo de Vicepresidente, y volvió a insistir con el señor Corral para que él aceptara, evitando de esa manera que los enemigos más enconados del Partido Científico se apoderaran de un cargo tan importante.

—Yo aceptaré—dijo el señor Corral—pero contrariando mis propósitos, y marcando otra vez que debería ser el señor Limantour el Vicepresidente de la República.

El Ministro de Hacienda del general Díaz, se emocionó grandemente. Sus ojos estaban humedecidos por las lágrimas. Entonces abrazó con toda cordialidad al señor Corral, quien se retiró en esos instantes para ir a comunicarles a unos amigos la importante noticia, y a manifestarles que, a pesar de todo, se había cometido un grandísimo error. Error que consistía en haberse fijado en él.

—Error—dijo—en haber aceptado tan elevado cargo. No soy suficientemente conocido en la República, ni tengo prestigio para desempeñar la Vicepresidencia de la nación,—expresaba con mucho vigor.

La entrevista de Mixcoac se celebró el jueves anterior al lunes 15 de junio de 1903, en que inauguraba sus sesiones la Convención Nacional. Al día siguiente, es decir, el viernes, se efectuaba un Consejo de Ministros. Al terminar, el señor Corral se quedó, a propósito, a solas con el general Díaz. Pero el anciano Presidente de México no le dijo una sola palabra del trascendental asunto de la Vicepresidencia. El señor Corral se dirigió al Ministerio de Hacienda en busca del señor Limantour.

—Vengo a decirle—expresó el Minis-

tro de Gobernación—que nada me dijo el general Díaz del asunto que motivó nuestra entrevista, ayer, a pesar de haberme quedado a solas con él para que abordara la cuestión. ¡Ni una sola palabra me ha dicho!

—¡Ah, qué hombre!—exclamó Limantour.—Yo tengo que verlo mañana para leerle una carta que voy a dar a la publicidad—añadió—y procuraré hablarle.

En efecto: el sábado fué el Ministro de Hacienda a ver al general Díaz.

—Nada le dijo usted al señor Corral, ayer, de los trabajos de la Convención.

—Sí, es verdad—expuso el viejo caudillo;—pero no lo creí necesario, para que nada tenga que agradecerme a mí, sino a la Convención que lo va a designar Vicepresidente.

—Pero, señor, si lo designa la Convención, es por usted. . . .

—Pues bien, dígale al señor Corral que mañana lo espero en Cadena para que hablemos.

Al día siguiente, domingo, se presentó don Ramón Corral en Cadena, número 8. El Presidente de México le manifestó que se había fijado en él para que figurara

como candidato a la Vicepresidencia de la República.

—No puede ser—dijo el señor Corral— porque yo no tengo merecimientos de ninguna clase.

—Si la Convención no va a designar candidato a la Vicepresidencia por merecimientos, sino por aptitudes—expuso el general Díaz.

Y comenzó a enumerar los motivos por los cuales no podían ser Limantour, Treviño, Naranjo, Mariscal, Dehesa, Reyes, González Cosío, etc., dando a comprender que había estudiado el asunto detenidamente, pesando con toda justificación las cualidades y los defectos de cada uno de ellos, después de honda meditación.

El señor Corral volvió a exponer los motivos que lo hacían vacilar. Pero el general Díaz repitió sus argumentos:

—No nos queda más que usted—dijo el antiguo soldado de Ayutla y la Intervención.

El Ministro de Gobernación nada tenía que decir. Para él fué un halago grandísimo que se le dijera que la Vicepresidencia la ocuparía el que tuviera aptitudes, no merecimientos.

Al día siguiente se le designó Vicepre-

sidente de la República en la Convención Nacional.

Hombre leal y de lucha, de una visión clarísima más que todos sus aptos colaboradores, fríos, egoístas, inteligentes, cultos, eruditos en literatura y en historia, instruídos concienzudamente en la ciencia del Derecho y en todas las disciplinas sociales. Pero, en verdad, se les podía muy bien aplicar el célebre adagio inglés: "Los árboles les impedían ver el bosque." Así fué cómo no pudieron ver los graves acontecimientos que se estaban desarrollando en la patria, hasta que don Ramón Corral les mostró ante sus ojos atónitos el terrorífico panorama. En las postrimerías del año de 1910 se le presentó un alto funcionario del Ministerio, amarillo como un pergamino, con sus ojos vivos y azules, brillantes como un acero, minucioso entre los minuciosos, tan lleno de detalles, a decirle que no le podían pagar los "gastos de marcha" a una pobre mujer, cuyo marido había muerto el día anterior al caerse de un carro al servicio de la Secretaría de Gobernación, que guiaba ese desventurado hombre, no obstante que no le tocaba trabajar esa jornada, y que, por lo mismo, debería pagar "los gastos de

marcha” el otro carretero por cuenta de quien trabajaba aquél en los momentos en que ocurrió la desgracia.

—¡Pero, hombre, amigo!—exclamó don Ramón Corral.—¿A quién se le ocurre estar regateando sesenta miserables pesos en estos momentos? Es como si en los instantes de un terremoto, de un cataclismo, yo me pusiera a hacerle cuentas a la cocinera de mi casa. ¡Esto ya se acabó! La revolución va a triunfar, porque un pueblo cuando se decide a derrocar un gobierno, ninguna fuerza puede impedirlo. ¿Quién es capaz de detener la tormenta, el huracán, el ciclón? No es tiempo ya de regatear; sino de hacer las maletas de viaje, y a nosotros nos deberían de pagar también “los gastos de marcha.”

Pocos meses después la revolución triunfaba. Las turbas, enfurecidas como las aguas mugientes del mar, pasaban por la casa del funcionario minucioso lanzando vivas a Madero. Entretanto, él le escribía a su hermano: “Pasan en estos momentos por aquí las multitudes frenéticas, desbordadas, pero no han roto ni un solo cristal de mi casa.” ¡No habían roto ni un solo cristal de su casa!